

UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
INSTITUTO DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
ESCUELA DE LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

Profesor Patrocinante:

Dr. Iván Carrasco M.

Instituto de Lingüística y Literatura.

MIGUEL ARTECHE:

TEMPORALIDAD Y ETERNIDAD

Tesis para optar al título de
Profesor de Lenguaje y Comunicación
y al grado de Licenciado en Educación.

DENNIS SOLEDAD OYARZO MILLÁN

2007

Agradecimientos

Este trabajo es una sumatoria de esfuerzos y dedicaciones que comenzaron el año 2002. En esa fecha ingresé a la universidad.

Desde el primer momento hubo personas que estuvieron apoyándome incondicionalmente, a ellos quiero darles las gracias.

A mi familia, por estar conmigo en las buenas y en las malas. En especial a mis padres, por todo el esfuerzo que ha significado para ellos tener una hija en la universidad.

Al señor Iván Carrasco, mi profesor guía; por la paciencia y la dedicación.

A Daniel Avendaño, por la compañía, la motivación y el tiempo que ha dedicado para hacer de este proceso un paso a la felicidad.

Al tío Boris Cárdenas, por haber fomentado y guiado mis lecturas iniciales, y haber prestado un libro de Miguel Arteche.

A la señorita Doraliza Riquelme, por entregarme un hogar en tierra extraña.

A todas las personas mencionadas y aquéllas que están en el anonimato, que han contribuido a iniciar y terminar éste proceso: Gracias, muchas gracias.

“Las obras que se emprenden con amor no tienen, después de todo, otra compensación que la del amor: el amor con que los lectores puedan juzgarlas. Esperamos que así sea.”

(Miguel Arteche)

Índice

	Páginas
I Introducción	
1.1 Descubrimiento.....	1-2
1.2 Miguel Arteche, el poeta del asombro.....	2-4
1.2.1 Mirada de la crítica.....	4-7
1.2.2 Mirada personal.....	7-11
1.3 Hipótesis.....	12-17
II Búsqueda en la Temporalidad.....	18-23
2.1 El camino del amor.....	23-27
2.2 Búsqueda en los objetos.....	27-30
III Búsqueda en lo sagrado.....	30-31
3.1 La invocación.....	31-36
3.2 La Virgen mediadora.....	36-39
3.3 Agua purificadora.....	40-43
3.4 El instante sublime.....	43-46
IV Conclusiones.....	47-49
V Antología de poemas citados.....	50-63
VI Bibliografía.....	64-66

I Introducción

1.1 Descubrimiento

En la *fértil provincia* de la poesía hemos hecho un descubrimiento. Escudriñando los estantes polvorientos divisamos un pequeño grupo de libros señalados por un tenue rayo de sol, sin duda un acontecimiento difícil de ignorar. Al igual que gran parte de la población padecemos de un mal mayor: la curiosidad. En esta oportunidad, la curiosidad no mató al gato, sólo lo llevó a una pequeña puerta que guardaba celosamente las congojas y felicidades de un hombre. El hombre señalado es Miguel Arteche (1926) y el pequeño grupo de libros sus principales obras.

Leímos cuidadosamente cada poema en reiteradas ocasiones, considerándolos pequeñas partes de un todo, así fuimos descubriendo y desenredando el mundo descrito por el poeta. Aquello fue sólo la primera etapa, posteriormente siguió la más ardua tarea: interpretar el sentido de cada poema; así, de texto en texto, comenzamos a recorrer el sendero de las *tinieblas* y el *destierro*, de la *ausencia* y la *noche*.

Cuando se develó la identidad del poeta señalado se entró en la vastedad de su poesía, aquélla es la importancia del descubrimiento. Aquí fuimos sorprendidos por un sujeto profundamente angustiado. Nos inquietó la presencia de aquel sentimiento, porque pareciera no cesar al cambiar de escenario, sino por el contrario acrecentarse.

Tanto nos intrigó lo que sucedía al sujeto en la poesía de Miguel Arteche, que tomamos la decisión de seguir paso a paso el camino que el sujeto recorre. Como primera interpretación nos adelantamos a decir que se encuentra en la búsqueda de algo

trascendental, que le permita estar iluminado al igual que en el momento del descubrimiento.

Antes de comenzar el análisis de la poesía de Miguel Arteche, consideramos que es importante otorgar antecedentes sobre su quehacer poético y biográfico, para que al conocer su poesía, se conozca también al poeta.

1.2 Miguel Arteche, el poeta del asombro

Oswaldo Nicolás Salinas Arteche, conocido como Miguel Arteche, nace en Nueva Imperial en 1926. Aficionado al ajedrez y a la música. Su padre muere cuando él tiene apenas cuatro años, su madre se traslada a vivir a Santiago, desde aquel instante los acontecimientos que se suceden son elementales para crear y comprender su poesía. Su infancia y adolescencia las vive en Los Ángeles, bajo el cuidado de su tío cura Gonzalo Arteche. Es este hombre de fe quien orienta e incentiva sus primeras lecturas, con una biblioteca personal de dos mil a tres mil volúmenes, componiéndola principalmente los clásicos griegos y latinos, la Biblia y la literatura española, entre otros; allí Miguel Arteche alimenta su pasión por leer. A los diecisiete años quería ser un gran arquero de fútbol y en segundo lugar, un gran maestro de ajedrez, pero un año después llegan a sus manos dos antologías, una de José Ricardo Morales, *Poetas en el destierro* y la otra de Roque Esteban Scarpa, *Poetas españoles contemporáneos*. Aquellos libros mostraron el mundo de la poesía a Miguel Arteche; al hacer este descubrimiento tiene la certeza de que quiere ser escritor (Arteche.1977).

Estudia en el liceo de Los Ángeles y en el Instituto Nacional. Cursa derecho en la Universidad de Chile (1945-1946) y literatura española en la Universidad de Madrid (1951-1953), ciudad donde, más tarde, se desempeña como agregado cultural de nuestra embajada (1965-1970). De regreso en Chile, sus actividades se volcaron hacia los medios de comunicación escritos, ejerciendo diversos cargos en importantes revistas nacionales como *Ercilla*, *Qué Pasa*, *Mampato*, *Hoy*, entre otras.

También se desempeña como profesor de redacción en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica, director de talleres de poesía en la misma Universidad, en la Universidad de Chile y El Salvador. En 1964 es elegido miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Funda y dirige el Taller Nueve entre 1979 y 1989. En 1990 asume como subdirector de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos.

Posee una extensa producción literaria, destacando en poesía *La invitación al olvido* (1947), *Oda fúnebre* (1948), *Una nube* (1949), *El sur dormido* (1950), *Cantata del desterrado* (1951), *Solitario, mira hacia la ausencia* (1953), *Otro continente* (1957), *Quince poemas* (1961), *Destierros y tinieblas* (1963), *De la ausencia a la noche* (1965), *Noches* (1976). Miguel Arteche no sólo ha incursionado en el plano poético, también ha escrito novelas, cuentos y ensayos, destacando en novela *La otra orilla* (1964) y *El Cristo hueco* (1969); en cuento, *Mapas del otro mundo* (1977), *Las naranjas del silencio* (1987), y en ensayo, *La extrañeza de ser americano* (1962), *Notas para la vieja y la nueva poesía chilena* (1958), *Quién soy* (1977), entre otros.

Su trabajo como poeta ha sido reconocido en reiteradas ocasiones, obteniendo en dos oportunidades el Premio Municipal de Poesía, en 1961 el Premio “Alerce” de la Sociedad de Escritores de Chile por la obra *Quince poemas* (1961), en 1995 el Premio de

Poesía del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, por *Fénix de madrugada* (1994) y en 1996 su trayectoria en las letras es reconocida con el Premio Nacional de Literatura.

1.2.1 Mirada de la crítica

Fernando Alegría considera a Miguel Arteche como uno de los cuatro poetas más importantes de la generación del 50, junto a Enrique Lihn, Efraín Barquero y Jorge Teillier (Alegría.1967:52). Pedro Lastra reitera esta información, además agrega datos importantes a cerca de la poesía de Arteche, señala que éste en sus inicios posee influencias nerudianas, por lo extenso de su poema *El sur dormido* (1950), comparado con *Alturas de Macchu Picchu*. La influencia no es sólo estructural, sino también adjetival y relativo al léxico (Lastra.1960:117-118). Lastra sostiene que la poesía de Arteche encuentra su cauce definitivo a partir de *Solitario mira hacia la ausencia* (1953), donde alcanza una madurez admirable, acercándose a las tradiciones de la alta poesía del Siglo de Oro español (Lastra.1960:119)

Alfredo Lefebvre analiza detalladamente el poema *Gólgota*, destacando la maestría con que Arteche desarrolla las difíciles exigencias formales del soneto y apropiado uso de los recursos estilísticos, así como la temática abordada (Lefebvre.1958: 201-206).

En el prólogo a la *Antología de 20 años* (1972) Hugo Montes se refiere a dos aspectos de Miguel Arteche: al hombre ligeramente pálido con esposa y siete hijos; y al poeta. Al poeta joven, en sus inicios lo califica: lleno de esperanzas, casi sin ventas, sin palabras de la crítica, pero con la capacidad de desconcertar, lo cual le permite adjudicarse

el Primer Premio de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (1950); y el Premio Municipal de Santiago (1951). El poeta maduro, señala Montes, ha evolucionado desde la temática regional y sureña a una que aborda grandes problemáticas como la muerte, el dolor, la transitoriedad, la trascendencia, entre otras (En Arteché.1972:10).

Hugo Montes afirma que Arteché no es un poeta “fácil”, pues la comprensión cabal de su poesía requiere de mucho esfuerzo, agrega también que éste no escribe poesía comprometida, a pesar de su fe y simpatía por doctrinas políticas. Para Hugo Montes es importante destacar la gran cultura literaria de Arteché, un lector desde los siete años, así como las influencias recibidas, siendo posible apreciar en la obra artechiana la presencia de Thomas Wolfe, T. S. Eliot, Gabriela Mistral, y de la Biblia (Montes.1967:161). Montes hace un análisis detallado de cómo utiliza Arteché el lenguaje, asegurando que su dominio del idioma, vocabulario preciso y enorme riqueza léxica, hacen que la voz de este poeta resulte necesaria en la poesía chilena, afirma que creará un mundo poético, que será un poeta fundador al igual que Neruda, Huidobro y Mistral (Montes.1967:161- 162).

La poesía religiosa de Arteché es la más constante, asegura Montes, con una fuerza vital, que es a veces violenta, realista y patética; que penetra en el dolor humano y la inmensa caducidad de las cosas. (Montes.1974:46).

José Miguel Ibáñez Langlois se refiere a Miguel Arteché como un gran poeta, sobre todo por su libro *Destierros y tinieblas* (1963). Éste, asegura, es uno de los grandes de nuestra poesía, y muestra un Arteché maduro en la experiencia humana y oficio verbal (Ibáñez. 1975: 331-333). En cambio, la producción posterior, según Ibáñez, no presenta poemas de interés, siendo éstos inferiores, explicativos, carentes de intuición poética y experiencia. El poema *Aeropuerto* es un ejemplo: “No hay nada / tan desolado como un

aeropuerto al amanecer. / Porque todos saben que tiene que partir, y no lo saben: / deben viajar hacia otros cielos, llegar hasta otras tierras, / y a eso llaman partir.” Para Ibáñez el poema es una explicación, un despliegue de pensamiento discursivo, prosa y nada más (Ibáñez.1975:326). La lapidaria observación de Ibáñez nace de una comparación, para él Arteche no se ha superado desde *Destierros y tinieblas* (1963), obra que presenta riquezas no agotadas e insinúa un talento que se espera fortalezca y supere posteriormente. Por lo anterior, las observaciones hechas por Ibáñez que destacan el quehacer poético de Arteche, sólo hacen referencia a *Destierros y tinieblas* (1963) y *Antología de 20 años* (1972). Ibáñez destaca al igual que Montes el lenguaje utilizado por Arteche. El lenguaje revela la angustia de la muerte y la esperanza religiosa, con una precisión comparable a la de Quevedo (Ibáñez.1975:332).

Jaime Quezada en el prólogo de *Destierros y tinieblas* (2000) hace mención a aspectos poéticos y personales de Miguel Arteche, concuerda con los críticos anteriores en el tema de la evolución poética, la riqueza del lenguaje y sus temas trascendentales. El aporte de Quezada dice relación con temas no considerados por otros autores: lo cíclico de la obra de Arteche y el tratamiento del tiempo en sus poemas.

Quezada señala que la columna vertebral de la poesía de Arteche son la noche, la soledad, las tinieblas, la muerte, los destierros y lo religioso, en torno a esos grandes temas giran sus poemas. El ejemplo para apoyar esta afirmación es la comparación entre *Destierros y tinieblas* (1963) y *Noches* (1976). Ambas obras publicadas con una diferencia de más de una década, contienen textos en donde la temática es recurrente. Quezada califica estas obras de antológicas. (En Arteche.2000:13)

Referente al tema del tiempo en los poemas, Quezada sostiene que éste tiene una presencia y protagonismo esencial en la poesía de Arteche. La tarde, la noche y la

madrugada son los momentos vitales del poeta, las horas que marcan los acontecimientos (En Arteché.2000:14).

Alone guarda un espacio para Miguel Arteché en una antología que contiene las cien mejores poesías chilenas, en ella están publicados los poemas *El comedor*, *El agua*, *El café*, *El alba* y *Gólgota* (Alone.1973).

1.2.2 Mirada personal

Miguel Arteché pertenece a la *nueva poesía chilena*, denominación que él mismo ha hecho para referirse a la generación del 50. Arteché señala como características fundamentales de su generación, la preocupación por la estructura del poema y de la obra, y la necesidad de “contar algo” en la poesía. Estos aspectos son profundamente criticados por los surrealistas quienes los llaman “poetas blandos”, menores, conservadores y escapistas, por eludir los problemas sociales y la corriente del realismo socialista (Arteché.1958:18). Cuando Arteché menciona a los surrealistas se refiere al grupo Mandrágora integrado por Braulio Arenas, Enrique Gómez-Correa y Teófilo Cid; quienes fueron influidos por el movimiento surrealista francés.

Como una respuesta a la crítica del grupo Mandrágora nos parece que la religiosidad, la transitoriedad y la búsqueda de Dios como temática en los poemas de Miguel Arteché son orientadoras y lúcidas, más que escapistas. En un tiempo de caos, como lo es el mundo luego de dos guerras mundiales, y donde los jóvenes que deben reconstruir sus familias, la sociedad, sus países y el mundo necesitan una voz que hable de

muerte y resurrección, de infierno y paraíso; alguien que los anime a seguir en la lucha por la felicidad. La voz de Arteché se alza con esa finalidad, tal vez no con la proyección territorial necesaria para estimular a toda la humanidad, pero sí con la fuerza para hacerse escuchar en su país. Cuando nos habla del destierro y del sufrimiento podemos ver ilustradas nuestras miserias y penas, el misterio de vivir para luego en un día indeterminado decir adiós; dejar nuestra corporeidad para ir a la tierra prometida, el paraíso. Arteché nos propone un orden dentro del caos, nos ofrece una explicación y una solución a nuestras desdichas, orientaciones necesarias para sobrevivir.

Hemos denominado a Arteché *poeta del asombro* por el concepto que él tiene de poesía, al respecto éste señala:

“Que el despertar de una vocación siempre trae consigo el asombro, asombro de sentir todo lo que nos rodea, asombro de encontrar, en el caso de la poesía, algo que nos colmará, asombro de ver cómo algunas personas luchan por cosas transitorias, pequeñas, que no duran, que se desvanecen. Asombro es la palabra que para mí define muy bien lo que es la poesía, porque es el asombro lo que nos hace ver a las personas y las cosas como si las viéramos por primera vez. Como si recién hubieran nacido” (Arteché.1994).

El asombro hace ver las cosas en el momento de la Creación, como si fuéramos Eva o Adán que repentinamente y por primera vez presencian las cosas, la humanidad. Siguiendo la premisa anterior, Miguel Arteché en su poesía ha tratado hacer “lo invisible en lo visible y lo visible en lo invisible”, mostrar el hombre de carne y hueso, el de alma, el que pasa y trasciende, el que muere y él que se salva, más allá de la muerte. El hombre que intenta luchar por la justicia y el amor, el que desea la libertad definitiva en Dios, y sabe que en la tierra no hay paraíso, pero de todas formas se debe luchar por éste hasta la muerte (Calderón.1971:320).

Existen aspectos del oficio poético en los que Arteché pone especial cuidado. Él asegura que la primera tarea del poeta es rodearse de un “círculo mágico” que le permita liberarse de lo transitorio para pasar a lo permanente. Luego vincularse con la realidad, el poeta parte de la realidad o de las innumerables realidades, pues el poema es “un pequeño mundo que encierra un inmenso mundo”, ningún poema comienza en un punto cero (Arteché.1994). Arteché confiesa que sólo escribe cuando “la experiencia se ha hecho sangre y carne de su cuerpo y espíritu”, el poeta necesita de imágenes reales para escribir, así como de la memoria, porque en ella se encuentra acumulada la experiencia del pasado (Calderón. 1971:322).

En un poema no sólo encontramos sentimientos, sino una experiencia de vida, eso es lo que nos impulsa a leer una y otra vez un poema que nos gusta, la facultad que él tiene de trasportarnos a lo más íntimo del poeta: sus recuerdos, su memoria.

Otro aspecto importante es el lenguaje, sin pretender marcar pautas a cerca de la creación poética, Arteché considera que el poeta en primer lugar debe conocer el idioma que escribe, tanto sus riquezas como limitaciones (Arteché.1958:14).

Consideramos que este aspecto es fundamental, pues como lectores esperamos que el poema sea la máxima expresión del lenguaje, más aun si está escrito en la lengua que hablamos y dominamos; el poema contiene toda la emoción en palabras. Emoción que nosotros demostramos con gestos y acciones como: besos, abrazos, caricias, lágrimas, silencios, etc.

El poeta debe ser bastante culto y hábil para llegar a nosotros con sus palabras; para que nos remueva y despierte sentimientos dormidos; para que nos afecte e influya y no parezca que estamos ante meras traducciones carentes de sentido y sentimiento.

Cuando se le pregunta a Miguel Arteche por su aporte a la poesía chilena éste señala:

“He dado una dimensión religiosa del mundo a nuestra poesía. He traído, creo, una lección de oficio, de quehacer poético, a ella, en el sentido de que la poesía es, en primer lugar, un arte, y que no se la puede escribir bien sin que se domine ese arte, la conciencia de que un poema es en la medida en que se lo despoja de cosas innecesarias. Por otra parte, nunca he estado en la moda. No me interesa la moda. Siempre me interesa hacer lo que debo y tengo que hacer yo, y no lo que me señalen las circunstancias de la moda” (Villegas.1978: 45).

Arteche se ha encargado de dejarnos claro que él es un poeta *religioso cristiano*, no sólo por escribir poemas de carácter religioso, sino también por la temática abordada en ellos. Él realiza una clasificación donde explica cuáles son las características de los poetas y poemas religiosos, y a cuáles de ellos les corresponde la denominación cristiano:

“No es lo mismo, pues, poeta religioso que poema religioso. Poeta religioso es aquel cuyo centro lo constituye esa relación constante y directa con la Divinidad, y en un sentido más estricto, con la tradición cristiana. Poema religioso es aquel que puede nacer de un poeta que no siempre, o muy pocas veces, ha experimentado “sentimientos” religiosos (Arteche.2000:28)

En el mismo ámbito de lo religioso, el poeta, establece diversas relaciones con la Divinidad: se une a ella, la rechaza, asegura que es imposible conocerla, afirma que ha muerto, insiste en que nunca existió, se muestra indiferente a ella y la reemplaza por lo que sea (Arteche.2000:29). Respecto al sujeto de los poemas religiosos, explica Arteche es posible encontrar un sujeto autosuficiente que se dirige a la divinidad de forma desafiante y lúdica. Un sujeto antropomórfico, limitado a vivir; otro que se resiste a Dios, y por último un sujeto que sin límites se abre al reino de la luz. Este sujeto toma conciencia del fundamento religioso de la existencia, donde Dios salva al hombre y le revela lo que existe

más allá (Arteche.2000:306-307). Este es el sujeto que habita en la poesía de Arteche, el que nos inquieta y estimula a seguir cada uno de sus pasos.

Es así que siendo fiel a sus creencias y motivaciones, Miguel Arteche se ha ganado un sitio importante en la poesía chilena, y ha motivado a diversos críticos y estudiantes a dedicar horas, días y meses en intentar comprender e interpretar los misterios de su poesía.

1.3 Hipótesis

El sujeto, hastiado del estado existencial negativo, emprende una búsqueda de lo que llamaremos instante sublime. Esta búsqueda se realiza en dos dimensiones. La primera, es el ser humano con sus experiencias en la temporalidad. La segunda dimensión es la sagrada, en la reconciliación con Dios.

En la poesía de Miguel Arteche habita un sujeto cuya principal característica es encontrarse agobiado por el mundo que lo rodea, él ha sido arrojado en un medio hostil, donde la panorámica es desalentadora. Aquí no hay cabida para la esperanza ni la fe, éste es el gran rincón de los castigados en donde alineados a la pared y arrodillados sobre trigo deben meditar sobre sus actos, no llevan orejas de burro, sino una negra y abultada culpa. La transitoriedad de la existencia es una problemática diaria y constante, pero lo que más afecta al sujeto es saber que las tinieblas son una consecuencia del alejamiento que ha tenido el hombre de su Creador.

El sujeto se encuentra en el mundo antes descrito. Él se siente arrojado, desterrado y condenado a las tinieblas:

Tinieblas que allí están. Si no las veo
Es porque estoy sombrío de tinieblas.

(“Tenebrae”. 1965:167)

En este lugar sólo encuentra desdicha, seres indiferentes e incapaces de otorgar compañía, felicidad y amor:

Ni siquiera el lecho
ofrece una paz,
un amor, un cansancio.
la noche, el olvido,
la soledad, el sueño,
el amor primero,
la adolescencia fresca.
Todo huye.

(“X”; 1947:33)

Te has ido dulcemente. Ahora veo
un cuerpo solitario hundido en niebla.
Porque mi cuerpo vela en un lecho solo.
En el olvido es donde el sueño queda.

(“XI”, 1947:36)

A este escenario donde se encuentra el sujeto lo hemos denominado *estado existencial negativo*, y se caracteriza por la latente angustia y culpabilidad del sujeto. Según Ignace Lepp la angustia es el primer acto de existencia del hombre, en este caso del sujeto. Lepp afirma que la angustia es consecuencia de la toma de conciencia que se es carne y espíritu y de que el mal lo atrae y repugna a la vez, con el bien sucede la misma disyuntiva. Frente a este dilema es necesario tomar una opción, pero al elegir uno de los caminos dispuestos se presenta una nueva angustia. Si se elige el camino del mal el sentimiento será de *angustia-remordimiento*, por el contrario si se inclina por el camino del bien el sentimiento es una *angustia-superior*, similar a la sentida por Cristo en el Monte de los Olivos. La importancia del sentimiento de angustia es que tiene por misión restablecer la unidad del hombre que se ha roto con el pecado, para que de esa forma se pase de lo temporal a lo eterno (Lepp.1963:96-97).

El sujeto de la poesía de Miguel Arteche ha escogido el camino del bien, su angustia es *superior*, él carga con la culpa del destierro del paraíso y ha hecho su responsabilidad lograr la reconciliación con Dios.

Los postulados anteriores se explican y deben entenderse desde una fundamentación filosófica y religiosa, pues la poesía de Miguel Arteche tiene sus bases en el *existencialismo cristiano*.

La filosofía existencialista se desarrolla después de las guerras mundiales, campos de exterminio y luchas de clases, inmediatamente que se ha vivido esto la existencia humana se vuelve un estado de absoluto abandono, los hombres no han elegido existir, han sido obligados a estar en un lugar detestado, por lo tanto su destino sólo puede ser trágico. El hombre al ser arrojado al mundo precario lo espera ser consumido por el fracaso irremediable de la muerte (Lepp.1963:17). Las anteriores son tesis desarrolladas por Heidegger, y denominadas *existencialismo ateo*.

Encontramos también el *existencialismo cristiano*, desarrollado por el danés Sorèn Kierkegaard, éste postula que el hombre ha sido arrojado, desterrado del paraíso y condenado a vivir en un mundo oscuro en donde conviven el sufrimiento, la desesperación, la angustia y las guerras. El hombre por ser pecador vive en un completo abandono. Pero este abandono es un estado pasajero, porque al final del camino existe una luz; esa luz es Dios quien espera al hombre para llevarlo al paraíso (Lepp. 1963: 65).

Hugo Montes señala que en la poesía de Miguel Arteche se encuentra un sujeto con las características del hombre existencial cristiano, sumido en sombras y tinieblas vive conscientemente su destierro, fundando toda su esperanza en la fe (Montes. 1967:166).

Para dejar atrás el mundo hostil y lograr la redención el hablante debe tener una participación activa y personal, según Hugo Montes el hablante que habita la poesía de Miguel Arteche posee tal característica (Montes. 1967:166).

Para iniciar cualquier proceso de cambio es requisito primordial tener conciencia de que se está viviendo un momento de crisis. Ese grado de lucidez es una característica importante del hablante de Arteche, pues él se encuentra habitando el mundo de tinieblas de forma consciente:

Cuando veas que la lluvia cae
y seguirá cayendo hasta que mueras:
piensa que estás solo para siempre.

Cuando en la mano que te han tendido brille sólo el puñal,
o al ir a apretarla se transforme en humo:
no te hagas ilusión: sigues estando solo para siempre.

Cuando veas la abominación en el lugar de lo sagrado
y el cáliz lleno de inmundicias:
coge la esponja, empápala en vinagre,
muerte dos mil años de su sabor, y piensa
que un hombre estuvo solo para siempre.

(“Desengaños”;1999:146)

Este poema nos muestra al sujeto comparando su dolor y soledad con la Cristo, él es el hombre que estuvo solo hace dos mil años atrás, ahora le corresponde al sujeto padecer la eterna soledad, aunque se presenten pequeñas rasgos de un cambio, de una posible compañía, todo se vuelve negativo; la mano se vuelve puñal, luego humo; lo sagrado se llena de inmundicias. Con estos antecedentes sólo cabe pensar que otro hombre ya lo había sufrido antes, esa es una pequeña conformidad.

El sujeto sabe que no es un mal sueño que terminará al sonar el despertador, lamentablemente es la realidad y como hecho real y concreto debe tratarse. Este momento es fundamental para originar el proceso de búsqueda del *instante sublime*:

¿A quién llorar
si a la ventana del hotel <<No hay nada>>
me asomo sin saber que voy cayendo
al nueve,
al ocho,
al cinco, al tres, al uno,
al cero asfalto de la muerte?

(“Melancolías de un millonario”; 1965: 122)

La soledad y la melancolía son llagas que sangran y sangran hasta dejarnos anémicos. El sujeto de este poema está atrapado y sufriendo. La imagen del hotel simboliza la impersonalidad del hogar, de la protección: muchas personas, diferentes orígenes, sin vínculos afectivos; cada uno preocupado de su individualidad. Por eso, aunque el sujeto está a instantes de caer; no hay nada ni nadie que intente detenerlo, apoyarlo. Sin hogar y sin compañía el sujeto debe elegir entre: caer; seguir atrapado en el hotel de la soledad o escapar. La intuición de supervivencia lo lleva a tomar las decisiones de escapar y buscar algo que le otorgue la existencia plena.

El *instante sublime* es Dios, porque *Él es el camino, la verdad y la vida*, es la reconciliación del hijo desobediente, pecador con el Padre protector y amado por sobre todas las cosas, es la redención y conversión. El *instante sublime* es aquel momento en que Dios se hace presente en la vida del sujeto, este instante en la religión católica es conocido como *epifanía*, lo cual significa: aparición bienhechora de una divinidad (De

Ausejo.1964:566). Dios como entidad abstracta y suprema no es el bien buscado, sino la protección y seguridad que éste brinda con su presencia, además de la promesa de una vida mejor en su compañía.

La primera dimensión es la búsqueda del ser humano, con sus experiencias cotidianas, la llamaremos *temporalidad*, ésta consiste en buscar a Dios imperiosamente en todas las cosas. Los objetos, sueños y recuerdos que forman parte de la vida diaria son considerados un camino para alcanzar la *epifanía*: la lluvia, el cine, la bicicleta, el amor, etc., se presentan como una posibilidad de mejorar la existencia.

La segunda dimensión es la sagrada, y consiste en buscar el *instante sublime* llamando a Dios directamente, invocándolo sin rodeos. En este llamado la Virgen María actúa como intermediaria entre el hablante y Dios. Ella puede detener la ira de Dios y también interceder por los desterrados, de esta forma, se convierte ella también en esperanza de salvación y el camino más seguro para llegar a Dios.

El sujeto está consciente de que es posible cambiar la panorámica de miserias y angustias está en conocimiento que existe un lugar donde la felicidad tiene cabida y la angustia sea desterrada; está consciente de que Dios es la clave para su salvación, pero ¿Cómo llegar a Él? Buscándolo a través de las cosas cotidianas o invocándolo directamente. El sujeto no lo sabe, por lo tanto emprende la búsqueda en ambos caminos. Estos caminos son recorridos en forma paralela, no hay una separación de tiempos y rutas, desde que el sujeto comienza la búsqueda se interna en ambas dimensiones a la vez. Nosotros por razones metodológicas hemos dividido las dimensiones, de esta forma evitaremos confusiones.

II Búsqueda en la Temporalidad

Denominamos *temporalidad* a la primera dimensión de búsqueda del *instante sublime*, en esta exploración el sujeto se centra en el ser humano con sus experiencias cotidianas.

La *temporalidad* consiste en que todo es fugaz en la vida del hombre, nada es definitivo ni estable, porque todo está en constante movimiento (Lepp.1963:65). Es “este mundo”, el tiempo del cosmos material, de lo terreno, de lo imperfecto y pecaminoso (De Ausejo.1964:634). José Miguel Ibáñez Langlois se refiere a esta etapa como “*delgadez del tiempo y del espacio atravesados por la presencia de lo Absoluto*” (Ibáñez. 1975:324).

El concepto de *temporalidad* se ve contrapuesto al de *eternidad*. La eternidad es el “mundo venidero”, es el tiempo que empieza después del fin del mundo, es la era en que habrán desaparecido el pecado y la miseria, siendo recompensados los justos (De Ausejo.1964:634).

Lo Absoluto es una posibilidad constante y lejana que se presenta cada vez que el sujeto intenta aplacar su angustia, tal como lo señala Ibáñez Langlois, lo Absoluto está continuamente presente en el proceso de búsqueda, en algunas oportunidades con la figura de Cristo y en otras a través de imágenes metafóricas que aluden al diluvio que se encargó de seleccionar a los seres dignos de habitar la tierra (Ibáñez. 1975:325). Un ejemplo de esta situación es el poema *El agua*. Aquí el sujeto despierta de improviso y descubre que todo a su alrededor está inundado por la lluvia, que en su entorno todo desaparece, sólo permanece él y una fuerza misteriosa y superior. Las aguas apocalípticas, como la llama Ibáñez Langlois, transportan al sujeto hacia lo que fue y será, hacia la posibilidad de permanecer en la eternidad:

A medianoche desperté.

Toda la casa navegaba.
Era la lluvia con la lluvia
de la postrera madrugada.

Nadie me dijo que saliera.
Nadie me dijo que me entrara,
y adentro, adentro de mí mismo
me retiré: toda la casa

me vio en el tiempo que yo fui
y en el seré la vi lejana,
y ya no pude reclinar
mi juventud sobre la almohada.

(“El agua”; 1965:170)

Consideramos que este poema es un primer acercamiento entre el sujeto y el bien buscado, entre la *temporalidad* y lo *eterno*. El sujeto ha sido puesto en el centro de las posibilidades que le brinda el medio donde se encuentra. Debe elegir continuar en medio de lo efímero y seguir padeciendo la angustia, o dar un paso más hasta encontrar y descifrar las claves para alcanzar lo eterno.

Veremos en los capítulos siguientes la importancia que tiene el signo del agua en el proceso de búsqueda del sujeto. En este poema es una señal de que la *eternidad* es posible, es decir alcanzar el *instante sublime*. Más adelante se presentará como un requisito primordial para acercarse a Dios, porque el agua purifica; y de esta forma cambia de una señal a un elemento concreto que acerca al sujeto con Dios, se vuelve un puente.

Ante la disyuntiva de la *temporalidad* y lo *eterno* el sujeto busca a Dios imperiosamente en todas las cosas. Los objetos que forman parte de la vida diaria y la fugacidad del tiempo son considerados un camino para alcanzar el *instante sublime*, para

el sujeto aferrarse a la lluvia, el cine, la bicicleta, etc., se presenta como una posibilidad de mejorar la existencia. Junto con los objetos encontramos el amor. El sujeto demuestra un esfuerzo sobrenatural por refugiarse en los brazos del amor y así dejar atrás los momentos de angustia:

Padre, Padre, ¿dónde estuvo
la montaña que borraste?
¿Y la puerta de la tierra?
¿Y las ventanas del aire?

¿Dónde está la mesa, dónde
fue el zapato, fue la llave?
¿Dónde está la silla? ¿Cuándo
desapareció la calle?

¿Y los tímpanos de fuego
del verano? ¿Cómo, Padre,
fundiste la primavera
y el otoño retiraste?
Y el tenedor y el cuchillo
trenzados en el combate,
¿no han de volver? ¿Dónde están
los utensilios del hambre?

(“Nadie en el mundo”; 1965:123-124)

El sujeto busca, llama y pregunta por los objetos que lo rodean, necesita hacer contacto con ellos para que lo guíen hacia lo eterno. Está convencido que ellos tienen el poder de conectarlo con Dios.

El sujeto se ha visto enfrentado a un medio hostil, donde la panorámica es desalentadora, aquí no hay cabida para la esperanza ni la fe, por lo que éste ha tomado la decisión de emprender un viaje, una búsqueda. Al sentar las bases de la huída del mundo obscuro, es determinante la conciencia de lo que se está padeciendo y la esperanza sobre aquello que se encontrará:

Voy a vagar en la noche
por tierras desoladas, donde el viento es antiguo,
donde el sol tiene el pálido
amor de la distancia; voy a vagar en la noche
sin descanso, sin memoria que muerda
la sangre de otros días; voy a vagar por los mares
profundos; voy a huir arrastrado
por millares de estancias solitarias...

(“Adiós para otros días”; 1965:53)

Este viaje tiene como objetivo descubrir cuál es el camino hacia el *instante sublime* y descifrar si se presentan condiciones o requerimientos para acceder a él. No existen los límites al momento de explorar los caminos posibles, el sujeto está dispuesto a ir de un extremo a otro, explorará mares, tierras aún más desoladas que las habitadas por él, no escatimará esfuerzos para abandonar el mundo obscuro.

Jaime Blume en su libro *Arteche Fuga a dos Voces* (1987), se refiere al tema del viaje como una constante en la poesía de Miguel Arteche. Para comprobar aquella hipótesis presenta un conjunto de las voces existentes en los poemas que se refieren a diferentes momentos del viaje: la partida, desarrollo y descenso o regreso. Esto se explica, tal como habíamos señalado anteriormente, por la necesidad de escoger uno de los diversos caminos posibles que se presentan ante el sujeto. Blume señala que un tipo de viaje es la

peregrinación, al respecto dice: “la peregrinación es una búsqueda de Dios y un encuentro con él en un marco cultural” (Blume.1987:36).

El viaje que emprende el sujeto tiene como objetivo encontrar a Dios, por lo tanto podemos denominarlo peregrinación, pero ésta es bastante particular porque tiene motivaciones de huída. El sujeto emprende una peregrinación-huída, porque necesita escapar del mundo obscuro, desea salir, y encontrar algo que permanezca, que le entregue la posibilidad de perdurar a través del tiempo. Ante él diversos caminos se han trazado, sólo debe tomar la decisión correcta y partir.

La palabra utilizada para graficar la peregrinación-huída es *vagar*, andar por lugares sin hallar el camino o lo que se busca, esto es normal ya que el sujeto está en los inicios de la búsqueda, aún se encuentra desorientado y siguiendo su intuición más que un camino definitivo:

¡Vagar lejanamente
y la tierra de nuevo; vagar sobre los mares,
las tierras de otro tiempo,
vagar lejanamente sobre la tierra ubérrima,
sobre la ardiente trenza del trigo, en la lasciva
sombra del bosque; vagar por las habitaciones
frías de los hoteles: donde amantes
hicieron nacer los vientos de la furia;
vagar para encontrar que en medio de la noche
un no sé qué te llega de imprevisto y te inundas
de algún oscuro amor desvanecido!

(“Vagar y la tierra de nuevo”; 1965:56)

Al sentar las bases de la búsqueda el sujeto no establece límites para ésta, explorará de extremo a extremo, en esta oportunidad está *vagando* desde los confines de la tierra

hasta los lugares conocidos. Cual ave que desde lo alto puede ver los hitos terrestres, las plantaciones, el bosque y luego descender y adentrarse en la ciudad. Retornar al lugar abandonado, al hotel que antes lo encerraba. Ahora este lugar le ofrece una nueva oportunidad, lo invita a visitar las habitaciones donde los amantes pasaban las horas, aunque son habitaciones frías, hay un soplo, un “no sé qué” que invade al sujeto: es el amor que se presenta como una oportunidad de permanecer eternamente.

En el inicio del viaje el sujeto se encuentra con la primera posibilidad de aplacar su angustia, la presencia de una compañera es un destello de esperanza y un camino que debe ser explorado. El amor lo guiará al *instante sublime*.

2.1 El Camino del Amor

El amor es una posibilidad de escapar del ambiente hostil, presentándose ante el sujeto con todas sus cualidades y virtudes, él deslumbrado confía y se entrega por entero a los menesteres de éste. El amor es calor que puede derretir el hielo invernal del abandono, así el sujeto sumido en las tibias caricias comienza a recorrer un camino inquietante e impredecible.

El sujeto se abandona a los placeres ofrecidos por el amor, la compañía, las caricias y la pasión logran disipar la niebla:

Tiembla el viento en la noche, tiembla otra vez la noche
bajo el ansia que vuelve. Temblabas de nostalgia.
Amor, hasta la muerte la noche se hizo tenue,
se hizo larga caricia sobre tu pelo amargo.

(“Distancia de dos”; 1965:42)

Este camino desde el inicio del recorrido hace notar que la felicidad ofrecida es efímera, y que junto con el bienestar trae consigo la desdicha y la pena. El sujeto desde el comienzo sabe que aquella placidez no será perpetua, que aquel amor amargo de un momento a otro llegará a su fin:

No sé, no sé hasta dónde quedaré repitiendo
tu nombre, la mirada de tus ojos distantes,
fugaz entre la dura cordillera de nieve,
presente ausencia apenas derramada en mi brazo.

No sé, no sé hasta cuándo durará la distancia
y ese espacio de adiós dormido en tu garganta.
No sé, no sé en qué tiempo se hará ceniza y humo,
amor, bajo la noche, todo lo que juntamos.

(“Distancia de dos”; 1965:42)

El amor regocija y reconforta, pero sólo un momento, es fugaz. Un beso no se puede sentir perpetuamente, la tibieza sólo inunda en los segundos en que ambos labios coinciden, luego queda el recuerdo y la necesidad que vuelva a repetirse una y otra vez. El sujeto junto con disfrutar las bondades del amor, está pensando en que momento acabará. Se trenza en un abrazo, pero no siente la silueta de su amada, sólo la ausencia que le dejará cuando éste termine. La separación es eterna, la dicha fugaz.

El fracaso amoroso se debe a que la amada se encuentra habitando el mismo mundo obscuro y devastado que el sujeto, por lo tanto el amor carnal pasa a ser transitorio y fugaz. Una vez que ha comenzado el recorrido del camino amoroso, el sujeto se dará cuenta que la gratificación de la relación amorosa no es aquello que buscaba, la compañía, la pasión, no tienen la facultad de cambiar el mundo hostil, y acercarlo o llevarlo con Dios; al contrario, a las desdichas provocadas por el mundo obscuro se les suman las provocadas por la decepción amorosa, ante esta panorámica el sujeto defraudado iniciará el retiro y una nueva búsqueda.

La ruptura es un momento doloroso para el sujeto, pues parecía haber encontrado el remedio a su desdicha. Aún después del distanciamiento continúa clamando el auxilio de la amada:

Recógeme, amor mío, con tus cálidas plumas;
recógeme y húndeme tu ternura llagada;
colócame en tu olvido, recógeme cantando.

(“Amargo amor”; 1965: 44)

La amada nada puede hacer por él, el distanciamiento es irremediable. Aunque el amor carnal y pasional no es el camino para encontrar el bien buscado, el sujeto insiste en aferrarse a éste, aquello se explica porque durante el breve e intenso romance, después de tanto tiempo en las tinieblas pudo disfrutar de algunos destellos de luz. Estos destellos luminosos se traducen en armonía y paz en medio del ambiente hostil:

Ya no estaré de nuevo junto al muro
donde la luz de tu cabello ausente
creció hacia el cielo de tormenta un día;

ya no estará la despedida
detrás de los adioses desolados,
ni a tu distancia acudirán pañuelos
de lágrimas cansadas; ni tu beso,
ardiendo de nostalgia,
ha de caer al mar que te aguardaba.

Ya no estará tu día, silenciosa,
sobre mi herida de ternura abierta,
amor sin luz, para que en el otoño
levante escoria de tu voz que ha muerto.
No tocaré lo que tu mano toque,
Y tu lejano abrazo que en la tierra
dejaste entre nosotros
ha de cerrarse, solitariamente,
bajo la luz desvanecida de tu ausencia.

(“Luz desvanecida”; 1965:45)

La amada ya no posee la facultad de transportarlo a un lugar mejor, de otorgar resplandor a su sombría existencia. Ahora ella es una “luz desvanecida”, ha perdido su brillo y gracia, todo lo que simulaba brindar ha desaparecido finalmente. El amor no fue una entrega absoluta, los “adioses desolados” y las “lágrimas cansadas” han provocado al sujeto una obsesión. El amor agónico y desahuciado hace que el sujeto y su amada se den una segunda oportunidad.

El sujeto jamás se dará por vencido en la búsqueda del bienestar, y como el amor le ha traído instancias de satisfacción, insistirá con descubrir en la amada aquello que descartó en primera instancia. Para llevar a cabo sus intenciones, él y su amada conciertan una cita:

En la pieza no hay nadie. La puerta cruje y se abre.

Pasos, pasos de nuevo; voces de nuevo,
tranquilamente vuelven, decididas
para el amor que aguarda. La escena está dispuesta.

Han estado perdidos, pero ahora regresan
a un lugar donde todas las cosas suceden.
Pero no hay nada que decirse.

(“Encuentro en el anochecer”; 1964:47)

El reencuentro sólo ha servido para reafirmar la tesis que invalida al amor de pareja como un camino para encontrar el *instante sublime*, de esta forma el sujeto se ve obligado a tomar un nuevo rumbo.

Después del fracaso el sujeto se concentrará en una nueva dimensión de búsqueda, en esta oportunidad la mirada será dirigida a las cosas simples y comunes que conforman el diario vivir.

2.2 Búsqueda en los Objetos

Al fracasar la relación amorosa el sujeto comienza una nueva búsqueda, esta vez la mirada está dirigida a los objetos que forman parte de la vida diaria, al centrarse en ellos se pretende dejar de lado la angustia y alcanzar la *epifanía*. La lluvia, el cine, la bicicleta, etc., se presentan como una posibilidad de mejorar la existencia.

El modo en que los simples objetos de la cotidianidad se transforman en la posibilidad de cambiar la existencia del sujeto, consiste sencillamente en cambiar la perspectiva de éstos, de tal forma que al estar ante ellos se realice una mirada exhaustiva,

no buscando detalles y defectos, sino observando con detenimiento para apreciar al objeto de forma íntegra.

El volver la mirada sobre los objetos se explica por la compañía que éstos ofrecen al sujeto, una compañía sentimental y espacial. Los objetos coexisten con el sujeto en la intimidad del hogar y la rutina, son los encargados de llenar el espacio vacío y de hacerlo recordar instantes mejores:

Desierto umbral de oscuridad: la lluvia
sus arterias se abrió sobre la noche.
Las sílabas de amor enmudecieron
por las olas furiosas de tus manos.(...)
Entonces me volví sobre tu lecho,
y puse luego el pie sobre el peldaño
de la escalera que me conducía
por el abismo de tu cuerpo. (...)

(“Sobre el lecho”;1965: 145)

Los objetos están colmados de recuerdos, amargos para el sujeto, éstos lo hacen conmemorar un pasado que él quiere hacer presente, recuerda el amor; el camino antes recorrido que resultó ser angustiante y deprimente, no logró guiarlo a Dios. En esta nueva exploración la imagen de la amada aparece unida a los objetos, el lecho y la escalera son elementos que conducían al sujeto hacia su amor. Ahora solo le traen fríos recuerdos.

Al observar con detenimiento los objetos, el sujeto se detiene fundamentalmente en sus aspectos de abandono, esto sin duda motivado por el estado anímico y el medio existencial negativo:

Huelo todo el pasado en esta casa.
Siento toda la ausencia en esta ropa.
Vacío el comedor, bebo en la copa

que un viento asolador muele y arrasa.

Busco el pasado entero en esta mesa:
las manos que no son y están, el mundo
que estuvo alrededor de este vacío.

(“El comedor”; 1965:138)

Los objetos también están en soledad y desolación, los años han pasado sobre ellos, llevándose su época flamante. Al estar viejos y maltratados sólo evocan en el sujeto sentimientos de tristeza y añoranza por el tiempo que fue mejor, alejándolo poco a poco de la compañía y dicha causada en primera instancia.

Al establecer contacto con los objetos el sujeto entra en conflicto con la temporalidad, comienza a evocar el pasado, la juventud y sus beneficios, como si todo tiempo pasado hubiese sido mejor:

En rueda está el silencio detenido,
y en freno congelado en la distancia.
Qué lejano está el pie, cómo se ha ido
la infancia del pedal sobre la infancia.

Cuán remota la edad que en ti palpita
con las velocidades de tu cita,
Y qué rápida estás con ser tan quieta,

Tan inmóvil pedal dormido ahora
por la lluvia de ayer que te evapora
tu perdida niñez bicicleta.

(“Bicicleta abandonada en la lluvia”; 1965:129)

La niñez es para el sujeto el mejor momento. Él ha visto pasar el tiempo desde la infancia a la madurez sobre el cuerpo de la bicicleta, ambos han envejecido, ambos han sido deteriorados por la vida. La bicicleta se ha vuelto inmóvil, sus partes se han agripado, ha sido abandonada. El sujeto deambula de un lado a otro, su existencia se ha enfermado, ha sido abandonado. Los abandonados en la hora de la tristeza y la angustia se acompañan y recuerdan con nostalgia el tiempo que fueron dichosos.

Al refugiarse en los objetos sólo queda la honda sensación de soledad, nadie lo acompaña, el mundo está desierto y los mejores momentos se los ha llevado el tiempo, la niñez es sólo un dulce recuerdo al igual que la felicidad.

La personificación es el recurso literario utilizado para referirse a los objetos, estos acompañan, esperan, sonríen, huyen, envejecen y mueren al igual que las personas. Esta característica hace que los objetos mantengan su propiedad de transitorios, así sólo evocan la angustia y el temor a no encontrar la eternidad.

Al fracasar en la dimensión de la temporalidad, el sujeto inicia una nueva búsqueda a través de un camino totalmente distinto, ya no se encuentra desorientado, no vaga, sino que se dirige con paso firme hacia el bien buscado.

III Búsqueda en lo sagrado

Cuando la fugacidad del tiempo ha pasado por los objetos y no ha dejado nada que logre aplacar la angustia, el sujeto inicia una nueva búsqueda de la *epifanía* en la segunda dimensión, la cual hemos denominado *sagrada*. Ésta consiste en buscar el *instante sublime* en Dios, invocándolo directamente en una primera instancia, para luego intentar un

acercamiento con la mediación de la Virgen María. En esta etapa el sujeto se abre al reino de Dios, y toma conciencia del fundamento religioso de nuestro existir (Arteche. 2000:307).

En esta dimensión el sujeto pasa por cuatro etapas que serán fundamentales para alcanzar el bien buscado. La primera etapa consiste en invocar a Dios directamente, buscándolo y clamándole por la salvación. En la segunda el sujeto levanta una súplica a la Virgen María para que ella interceda ante Dios por él y la humanidad. La tercera radica en expiar las culpas con la ayuda del *agua purificadora*, porque ésta es un puente hacia la eternidad. La cuarta y más compleja e importante etapa es el encuentro con Dios.

3.1 La invocación

Desde el momento que el sujeto inicia la búsqueda del *instante sublime* nunca se despoja de su fe, aún estando en medio de infernales batallas ella se presenta como escudo protector. La virtud de creer en lo que Dios nos dice, es lo que impulsa al sujeto a interpelarlo directamente:

¡Oh Piedra! ¡oh roca majestuosa!;
¡sobre tus fundamentos tú sostienes el mundo!

(“El regreso”; 1965:110)

Este acontecimiento, de interpelar a Dios, se caracteriza, principalmente, por el lenguaje que el sujeto utiliza para tipificar el sentimiento de verse perdido y desprotegido

en medio del ambiente hostil y la falta de respuestas certeras que surgen de las interpelaciones hechas a Dios:

Éste es el fin: buscadme ahora,
decidme ahora que no sea
el fin de la Palabra
(en el principio la Palabra, en el principio
las tinieblas que jamás,
se van), y el río que a los mares
se va, según el Cristo, y el Cristo no regresa:
se va, se fue: lo dejo escrito
a ver si no es el fin, a ver si en esta noche
Tú no me has abandonado.

(“Éste es el fin del Cristo abandonado”; 1999:141)

Las palabras dirigidas a Dios dicen relación con la desprotección, éstas son: hambre, perro, arrimo, gimo, amo, destierro, batalla, puente, guerra. Todos estos términos forman parte de los poemas *Hambre* y *El Puente*, ambos pertenecientes al libro *Destierros y Tinieblas* (1952-1964). Llaman la atención estos términos, aunque el sujeto en reiteradas ocasiones los utiliza para dirigirse a Dios directamente. La imagen que se desprende de esta situación es la de un hijo dirigiéndose con garabatos al Padre, criticándole su falta de preocupación, su rudeza y crueldad por no perdonarlo y principalmente responsabilizarlo por sus desgracias:

¿Cómo no estar sombrío hasta las sienas,
ojo de Dios, relámpago de espía,
si estás siempre de parto entre las tumbas?

¡ Y cómo no estar lóbrego si vienes
sólo bajo tu zarpa de agonía
cuando sobre mi pecho te derrumbas!

(“Luto”; 1965:174)

El sujeto con la intención de graficar su estado caótico utiliza la metáfora del “perro callejero”. Estos animales, por todos conocidos, se crían en las calles, no poseen un hogar fijo; se alimentan de la caridad de los ciudadanos y de lo que pueden obtener en la basura; no tienen un nombre, sólo se les llama “perro”; viven en condiciones de salud deplorable y eso se debe sólo a una causa: nadie quiso adoptarlos, no hubo personas interesadas en su cuidado y en las bondades de tener un perro. Esos perros están faltos de amo, no para que cuide de ellos, porque solos en la calle lo hacen bastante bien, sino para brindarles aquella protección, afecto y seguridad de sentirse parte de algo, de una familia, de un hogar:

Sin huella, sin olfato, sin arrimo.

Como perro sin huella que en la puerta
del mundo araña, muerde, se despierta
con un frío de pan y otro de limo

me arrojas a la calle y al racimo
negro del hambre con el hambre abierta,
y aúllo porque el hambre está desierta
de ti y de mí, mi Dios, cuando te gimo.

(“Hambre”; 1965:169)

El sujeto sin la protección del Padre no está en condiciones para existir plenamente. Sin huellas nunca dejara rastro de su paso por el mundo, no marcará la tierra que pisa que le permite sentirse parte de ella. Sus sentidos están anulados, el aroma no lo conmueve y tampoco lo guía. Está desprotegido, sin hogar; sin alimento y con hambre. El hambre de Dios es inconmensurable, y Él no está, el sujeto gime y llama, pero no hay respuesta, no hay reconciliación.

La pérdida de la orientación, identidad y hogar son sólo algunos de los padecimientos del sujeto. El más importante es el hambre, pero no es la simple ansiedad de saciar una necesidad, sino que es un hambre mayor: un *hambre canina* que no será saciado con pan, sino con la presencia de Dios.

El sujeto sigue lamentándose de su vida fuera del paraíso, de lo sagrado y Dios escuchando:

Mi corazón es uña si te llamo
rastreado a ciegas el olor del amo,
sin saber si a tu casa me aproximo

un poco más, un poco menos: perro
definitivamente en el destierro,
sin huella, sin olfato, sin arrimo.

(“Hambre”; 1965:169-170)

El haber perdido ciertos sentidos y primordialmente haber iniciado una búsqueda siguiendo el instinto, han llevado al sujeto a la desorientación, a buscar lo que necesita en diversas direcciones, utilizando la técnica de ensayo-error. Se encuentra buscando a ciegas, siguiendo las huellas y pistas que le entrega Dios poco a poco, pues la reconciliación es un proceso lento. Este desconcierto es producto del ambiente hostil en que se habita, la angustia retarda los sentidos anulando la esperanza y la visión de futuro. De esta forma el *perro callejero* se acerca al amo, luchando por recuperar los sentidos y el hogar.

Dios se hace presente en nuestras vidas de la forma más increíble y cuando menos uno se lo espera. El epicentro de una batalla por la felicidad es el lugar escogido esta vez, ante aquel desolado panorama se entabla nuevamente la comunicación entre el hijo pecador y el Padre:

En medio de la batalla
surgió el puente.
Y yo solo
en medio de la batalla.

...Frente a mí todos los puentes
de la fuga. ¿Quién me llama
desde los pies de la guerra,
desde el ojo de las balas?

...¿Eres tú el único puente,
Padre?, ¿eres la rama
que hacia la guerra me inclina,
que de la guerra me salva?

(“El puente”; 1965:177)

En esta oportunidad el sujeto recibe una señal en medio de la batalla, podríamos decir una pequeña luz de esperanza. El mensaje es claro: *Dios es el camino y el instante sublime*, al poseer esta certeza hace que las palabras dirigidas al Padre sean menos incriminatorias. Ya no se le acusa, sino interroga para saber si realmente es él quien envía las señales de esperanza.

La relación que se establece entre el sujeto y Dios, en este poema, nos entrega información de vital importancia, ésta dice relación con el rol que jugará el Padre en la vida del sujeto cuando éste encuentre el bien buscado. Como el título lo señala, Dios se está presentando como *puente*, entre el dolor que se padece y el bienestar. Tal como lo hemos presentado con anterioridad, Dios no es el único camino que se le ha presentado al sujeto, la interrogante que ahora surge es si realmente es Dios el camino que salvará al

sujeto de la guerra o mundo obscuro que él habita, porque es el único camino que le queda por experimentar. Esa interrogante será dilucidada paulatinamente, en la medida que ilustremos como evoluciona la relación entre el hijo pecador y el Padre.

Presentábamos como característica de esta etapa la falta de respuestas certeras que surgen producto de las interpelaciones hechas a Dios, lo único que se nos revela es que Él es un camino posible al *instante sublime*, pero aún no se ha resuelto el cómo y cuáles son las condiciones para acceder a éste, por ello el sujeto recurre a la Virgen María, porque ella junto con detener la ira del Padre, puede brindarles las repuestas buscadas.

3.2 La Virgen mediadora

Las interrogantes de cómo y cuáles son las condiciones para reconciliarse con Dios no han sido resueltas, por lo que el sujeto se dirige a la Virgen María, él está en conocimiento de su poder mediador. La Virgen es “*la mano que ahora sujeta la cólera del Padre*” tal como dice uno de los versos de la *Primera Invocación*. En este llamado la Virgen María actúa como mediadora entre el hablante y Dios. El mediador es un ser intermediario entre la divinidad y el mundo, entre Dios y el hombre. El principal mediador entre el hombre y Dios es Cristo, a través de Él anunció Dios la “buena nueva”, sólo a través de Él hay salvación y perdón de los pecados. Un puesto especial tiene la Virgen María en el ejercicio de la mediación, por ser la madre de Cristo, ella hace presente al Hijo y al Padre las necesidades del hombre (De Ausejo.1964:1207). Ella puede detener la ira de

Dios y también interceder por los desterrados, de esta forma se convierte en esperanza de salvación y el camino más seguro para llegar a Dios.

La relación que se establece entre el sujeto y la Virgen María es la de un hijo problemático que recurre a su Madre, la cual lo ama por sobre todas las cosas, para que interceda con el Padre castigador. Es común en las familias que poseen hijos que constantemente están enredados en líos que uno de los padres los apoye ciegamente, generalmente son las madres que sin importar lo que sus hijos hagan están ahí para brindar apoyo. La secuencia para resolver estos conflictos es bastante conocida, primero la Madre escucha atentamente las lamentaciones y tribulaciones del hijo y luego de aconsejarlo emite una frase redentora: *yo voy a hablar con tu Padre*. Esto significa que cuando Padre e hijo enfrenten el problema el castigo será menos riguroso. Sólo la Madre sabe como suavizar la ira del Padre.

Aquella relación es la misma que poseen el hablante y la Virgen María, con la diferencia que los problemas son de vida o muerte y la ira del Padre no sólo cae sobre el sujeto, sino sobre toda la humanidad.

La forma en que se dirige María a Dios no es una simple interpelación, sino un ruego fervoroso:

Y ruega, Madre, ruega por nosotros
ahora y en la hora de la muerte.
Ruega
para que el mundo destruya sus mortales sellos.
Ruega
en las postrimerías de la noche.
Ruega
cuando los relámpagos florezcan en los ojos
de los resucitados.

Ruega
y ruega por nosotros
ahora y en la hora que se acerca.

(“Primera invocación”; 1965:188)

El sujeto en las horas de culpabilidad y angustia invoca a la Madre para que, no sólo interceda por el perdón de los pecados, y así acceder al *instante sublime*, sino que también ruegue por el día del Juicio Final, momento en que nos corresponde rendir cuentas por nuestros actos. Según la tradición cristiana, este acontecimiento sucederá en cualquier momento, no existe fecha determinada, por lo que debemos estar siempre preparados para responder a Dios (De Ausejo.1964:1207)

El sujeto está en conocimiento que para acceder lograr la *epifanía* no es suficiente que la Virgen María interceda por él y la humanidad ante Dios, sino que es necesario reconciliarse con Él, ese es el gran objetivo, entablar una relación directa sin mediadores. Para llegar a esta comunión entre sujeto y Dios también se requiere la ayuda de María, ella es la que posee en sus manos la salvación del mundo y es ella quien guiará al sujeto al encuentro de Dios:

Guía mi mano sobre las montañas y el mar.
Sostén mi mano cuando la jauría
de la noche penetre hasta mis huesos.
Y cuando venga el viento de las turbias astillas,
levanta el muro invisible de tu mirada.
Funde
los pétreos latigazos de la carne.
Llave del desterrado.
Puerta de los parias.
Norte lustral del ciego.

(“Primera invocación”; 1965:188)

El camino que emprende el sujeto con la ayuda y compañía de María no sólo le permite ir al encuentro con Dios, sino que le otorga luminosidad al mundo de tinieblas y la certeza que las calamidades acabarán:

Madre, no más terror desde la noche.
No más los vientres negros sobre el Árbol.
No más el frío perro en sus raíces,
Los dientes implacables en sus yemas.

No más nuestro destierro. Nuestros ojos
desollados aquí. ¿Quién nos sostiene
sino eres tú bajo los huesos yermos?
¿Quién ahoga el furor sino tus manos?

(“Segunda invocación”. 1965:189)

Desde la *Segunda Invocación a Nuestra Señora del Apocalipsis* el sujeto experimenta un cambio sustancial en el ánimo discursivo. Su razonamiento se vuelve esperanzador y cargado de imágenes purificadoras. A medida que avanza el camino al encuentro con Dios va liberando sus culpas y angustias, con la ayuda del *agua purificadora*. El bienestar que ofrece la compañía de la Virgen María se caracteriza por la inserción del elemento vital, tal como ocurriera en los tiempos de Noé, el agua se hace presente para lavar las culpas y dar paso al sol después de la gran tormenta.

3.3 Agua purificadora

El paso del *estado existencial negativo* al *instante sublime* está marcado por la presencia del agua. El efecto que produce el agua sobre el sujeto es el Bautismo. Este sacramento es un rito de iniciación necesario para todo aquel que quiera pertenecer a Cristo y al Reino de Dios, significa la purificación moral. Al recibir el Bautismo, el hombre creyendo en la virtud redentora de la muerte y la resurrección de Cristo pasa, por su unión con Él, de la muerte a la vida. El Bautismo borra los pecados y hace al hombre hijo de Dios por su semejanza con Cristo, así el bautizado renace (De Ausejo.1964:214-215).

Desde el momento que el sujeto se siente en compañía de María el *agua purificadora* se hace presente.

... ¡Llueve, llueva, llegue
por fin el agua al vaso de la tierra,
por fin el agua a la garganta estéril,
a la furiosa sed de la agonía
a la batalla quieta de la muerte!

(“Segunda invocación”; 1965:191)

Ana María Cúneo manifiesta que el agua es un símbolo de purificación, ellas engendran nueva vida, regeneran y exorcizan el mal. Las aguas son el paso del tiempo hacia la eternidad, son un puente (Cúneo. 1988:147-156).

En la *Tercera Invocación* el sujeto se encuentra en presencia de las aguas purificadoras, ellas descienden del silencio y al silencio van a posarse

El sacramento comienza poco a poco:

Madre final: *desciende* de tu cuerpo.
La oscuridad es fuego es nuestros brazos.

Cae el agua que nace del silencio.

Madre final: el sol plañe en el cielo.

Simientes de tinieblas nos rodean.

Cae el agua temblando del silencio.

Madre final: tu puerta en el destierro.

El cáncer del reloj se ha detenido.

Cae el agua de luz bajo el silencio

(“Tercera invocación”; 1965:192)

El tiempo, problemática constante en el sujeto cesa, se detiene dando paso a palabras anteriormente ausentes, el sol, la luz, el fuego aunque sufrientes, auguran la *epifanía*.

Las primeras aguas son tímidas, van paulatinamente tomando fuerza hasta que logran penetrar en el silencio y ser aguas de vida:

Madre final: se ha levantado el viento

ungida está la noche por el alba.

Cae el agua y penetra en el silencio.

Cae el agua final sobre el silencio.

Cae el agua solemne del silencio.

Cae el agua escondida en el silencio.

Cae el agua de vida en el silencio.

(“Tercera invocación”; 1965:193)

El silencio se ha roto, el mundo devastado está en presencia del alba. La Virgen María ha llevado al sujeto por el camino hacia Dios y al frente de éste las bondades de la

búsqueda emprendida se dan a conocer. Al presenciarlas el sujeto entra nuevamente en crisis, la incertidumbre lo invade:

No sé qué pasa ahora. ¿Nos sigues sosteniendo?...

Mira el regreso, Madre. Pero ¿es que hay regreso?
Calles, plazas, multitudes: sueños, todo sueño.
Momentos de los rostros,
instantes de los cuerpos,
miradas en las lágrimas y en los confines de la tierra,
muertos para siempre muertos, vivos para siempre muertos.

¿Y esto era lo que llamábamos eterno?

(“Cuarta invocación”; 1965:194)

Ha resultado exitosa la mediación de la Virgen María, el sujeto ha podido vislumbrar el bien buscado, pero ello en vez de aplacar la angustia y dar paso a la felicidad, le ha traído desilusión. Él esperaba estar en la presencia de Dios, en el mismo instante del *Bautismo*, pero aquello sólo será posible cuando Dios lo decida. Frente a este panorama, nuevamente la angustia se hace presente y las pequeñas luces que había dejado el *agua purificadora* se vuelven noche:

Nosotros los desterrados: nosotros los desaparecidos,
los anónimos puntos de los años,
los que esperamos tu silencio,
los parias, los hambrientos
de tu amor: nosotros los últimos, los que caemos
de rodillas (de rodillas nacemos):
nosotros los del suelo:
¿qué podemos hacer para volver a verte, qué podemos
hacer para empezar de nuevo,

qué podemos hacer
en esta noche irremediable de la tierra?

(“Cuarta invocación”; 1965:194-195)

3.4 El instante sublime

Después de recorrer una serie de caminos el sujeto encuentra la forma de reconciliarse con Dios, este reencuentro significa la salvación. El escenario del mundo oscuro es dejado para entrar a la iluminada eternidad, el cambio trae consigo el bienestar y la conversión.

Al fin luego de tanto peregrinar es encontrado el *instante sublime*:

Bienaventurado porque abrió una puerta en
el hombre,
se asomó a su oscuridad, y vio que no era buena.
Bienaventurado porque, entonces, abrió otra
puerta,
y por las dos puertas entró la luz y no dejó que
la luz se retirara.
Bienaventurado porque al hacer la luz y unir las
dos puertas
nos dio la eternidad de ser dos y ser uno
y estar iluminados para siempre.

(“Bienaventurado porque abrió una puerta”; 1999:138)

El reencuentro con el Padre está representado con la metáfora de la iluminación, cada vez que el sujeto experimenta la *epifanía* se encuentra en un escenario colmado de luz:

Recuerdo que comenzaba a amanecer: brillaban

como el sol la túnica y su rostro. El resplandor glorioso
nos sumió en la Palabra, porque Él era la Palabra.
Como la nieve sus cabellos, llamas sus ojos,
y en sus pies un relámpago quieto.

(“La ascensión”; 2000:466)

La presencia de Dios hace al sujeto iniciar un acercamiento con Cristo. Esta relación hace al sujeto muy crítico de cómo percibe la humanidad a la figura de Cristo, de cómo la humanidad prefiere refugiarse en la *temporalidad* y materialismo dejando de lado a Dios, sólo recordándolo cuando tienen algún problema o peligran su vida:

Cristo no se transforma en guerrillero dispuesto a cargarse incluso a su Madre, ni deposita en bancos suizos dinero rapiñando a los pobres, ni se dedica a vivir de sus rentas.

Cristo cena con ricos y pobres, pero no adula a los ricos ni se convierte en demagogo de los pobres.

Cristo no trepa por árboles genealógicos.

Cristo no asegura que una manera fácil de que los viajen al otro mundo y gocen de la vida eterna, es asesinarlos, ni que por esto sea buena la pena de muerte.

(“Los noes de Cristo”; 2000:464)

Al estar el sujeto en la presencia de Dios, la angustia se reduce y desaparece el sentimiento de soledad, lo cual era una problemática constante:

Para que estemos menos solos
nos entregaste, Señor, nuestros muertos.

Nunca los conocimos cuando estaban
con nosotros.

Decíamos
que la vida es muy larga: ya tendremos

tiempo de conocerlos.
Nunca supimos quiénes eran
mientras vivían.

Y ahora que están lejos
los entregas, Señor, como ellos son:
limpios de toda vanidad,
sin sus pobres miserias,
bruñidos por la luz y tamizados por la oscuridad.

Nunca estuvieron solos nuestros muertos.
Son ellos los que gimen en la noche
por nuestra soledad.

(“Para que estemos menos solos”; 1999:151)

La satisfacción de encontrarse reconciliado con el Padre protector, hacen al sujeto sufrir con menor intensidad un acontecimiento tan doloroso como la muerte, pues el saber que la vida en la tierra es sólo el paso a la vida eterna que nos espera después de la muerte, aminorar el dolor y la angustia. La fe de que el descanso eterno es lo mejor que nos puede pasar y la esperanza del reencuentro con el ser querido y perdido provocan un sentimiento de paz y serenidad porque conjuntamente con Dios hay alguien más velando por el bienestar del sujeto.

La angustia del sujeto se ha neutralizado, ha escogido el camino del bien bajo la presencia y protección de Dios. Se ha reencontrado con Cristo y tomado la tarea de mostrar a la humanidad que su rol es más trascendental que adornar crucificado las repisas, Él como hijo de Dios es el pan que alimenta a la humanidad:

Amor que a polvo fue y a Dios. Amor
que no se acabará mientras termina.
Mientras el mundo como un pan: amor

de inmarchitable harina.

(“Pan”; 2000:452)

Aquel es el pan que alimentará al sujeto, y que le ha permitido abandonar el mundo oscuro y hostil. Las tinieblas y el destierro han quedado atrás como un mal sueño, ahora prevalece la paz y la satisfacción de haber logrado la reconciliación y conversión, la búsqueda ha culminado, los pasos desorientados al principio han dado al sujeto la experiencia necesaria para encontrar el camino señalado e iluminado, así con pasos fuertes y seguros el sujeto avanza hacia la eternidad.

IV Conclusiones

La poesía de Miguel Arteche fluctúa entre lo temporal y lo eterno. El mundo configurado en su poesía es de desdichas y felicidad, angustias y plenitud, destierros y tinieblas. El sujeto que habita el mundo creado, dadas las características de éste, se encuentra agobiado, siente que ha sido arrojado y desterrado; que el lugar habitado no le ofrece esperanzas, pues en una panorámica desalentadora no hay cabida para la esperanza ni la fe.

El sujeto carga con una culpa originaria, arrastrada por la humanidad desde el principio de los tiempos: la expulsión del paraíso. Este hecho justifica los males del sujeto, pues está siendo castigado por Dios, por no cumplir sus mandatos. La desobediencia está siendo sancionada de una forma ejemplificadora, el sujeto está asumiendo por la responsabilidad de toda la humanidad; al igual que Cristo él es sacrificado, expuesto a males superiores. No son heridas físicas, son heridas del alma, de esas que angustian, que no dejan vivir, que van acabando poco a poco con quien las padece. Este sufrimiento no es en vano, pues supone que luego de aguantar y tolerar cada uno de los males, se pasará a una vida mejor, que permitirá a la dicha quedarse eternamente, la felicidad no será un instante que se sustenta en un haz de luz fugaz y frágil. Todo esto se logra cuando el sujeto se reconcilia con Dios, cuando está en su presencia y Él lo protege y acompaña. Este momento en que el bien buscado por el sujeto perdura lo hemos llamado *instante sublime* o *epifanía*.

La visión de mundo del sujeto se rige bajo los principios de la filosofía existencialista cristiana, esto significa que después de padecer tanto sufrimiento, el dolor será recompensado con la vida eterna.

Todos estos antecedentes, culpabilidad, ambiente hostil y búsqueda constante de Dios, originan en el sujeto la necesidad de actuar, buscar salidas, escapes. El sujeto inicia una búsqueda de algo que aminore la angustia sufrida, emprende un viaje en diversas direcciones, hasta encontrar aquello que le brinde seguridad y protección para toda la eternidad. En este viaje descubre que sólo Dios puede brindarle la protección y bienestar que necesita. Al estar en conocimiento de esto comienza a buscarlo imperiosamente en todas las cosas. Escapar es una opción válida, está unido al instinto de supervivencia.

Elige dos caminos de búsqueda la temporalidad y lo sagrado. El primer intento de escapatoria está en el amor, el sujeto cree encontrar la felicidad en los brazos de la amada, pero ella sólo le trae nuevas desdichas, al ambiente hostil se le suma la pena del fracaso amoroso. La segunda tentativa son los objetos, aquellos que acompañan y ocupan los espacios vacíos de la casa, intentan ser un refugio para el sujeto desesperado, pero aquí tampoco logra una conexión con Dios. Luego como última instancia llama a Dios directamente. Como no puede entablar una relación directa, recurre a la mediación de la Virgen María, ella guía los primeros pasos del sujeto hacia Dios.

La reconciliación entre el sujeto y Dios finalmente se concretó. El sujeto encontró el *instante sublime*. Este hecho se caracteriza por la presencia de la luz en el escenario, las tinieblas abandonan el mundo, dando paso a poderosos rayos de luz. El sujeto ya no padecerá de angustia, porque Dios está brindándole su protección y lo llevará a la vida eterna.

¿Qué pasará ahora que el sujeto encontró el *instante sublime*? Disfrutar, el haber recobrado la protección del Padre, el haber encontrado lo que buscaba, lo mantienen en calma.

V Antología

Como objetivo subyacente a la tesis nos hemos propuesto difundir la poesía de Miguel Arteche. Queremos compartir el descubrimiento hecho en los estantes polvorientos, al igual que el tenue rayo de luz, pretendemos guiarlos e invitarlos a introducirse al vasto mundo poético de Arteche. Si bien, su poesía ha estado constantemente disponible, es un grupo reducido el que ha leído y conocido su poesía.

Para lograr el objetivo antes mencionado, hemos realizado una antología con los poemas más significativos citados y analizados en la tesis. Esto permitirá al lector disfrutar del poema en su integridad y poder realizar sus propias interpretaciones y análisis acerca de la poesía de Miguel Arteche.

Los poemas están ordenados cronológicamente y siguen el siguiente orden:

- *La invitación al olvido* (1947) : X
- *Solitario, mira hacia la ausencia* (1953): Distancia de dos.
Adiós para otros días.
Amargo amor.
- *Destierros y tinieblas* (1963): Tenebrae.
Melancolías de un millonario.
El agua.
Comedor.
La bicicleta.

El puente.

Girando.

Invocaciones a nuestra señora del apocalipsis.

- *Noches* (1976):

Desengaños.

Para que estemos menos solos.

Bienaventurado porque abrió una puerta.

- *Antología de la poesía religiosa chilena* (2000): Hambre.

X

Sonrisas, hojas,
Por el atardecer;
Caen esos sueños
Buscando la lluvia
Perdida en los labios.

Anegada quiero
Descienda la tierra.
Queda ahora mojada.
Llueve allá lejos.
Llueve cerca, aquí,
Tras el beso.

Rumores, ese viento
cerquísimo anhela
el sueño solo.
Tal vez alas.
Tal vez olvidos.
Entre muros grises
está naciendo.

Otro encanto invisible
de tiernas agujas,
primeras caricias,
todo: traiciones,
ternuras, espasmos,
huyen siempre.

Más allá el aire
demasiado triste
corre el mar,
al denso bosque
de verdor, al clima
de invierno, lejos.

Amarillos goces
color de hastío.
Nada es el amor
sin furia. ¿Qué alas
surcan el azulísimo
espacio de entresueño
que va sintiendo?

Ni siquiera el lecho
ofrece una paz,
un amor, un cansancio.
La noche, el olvido,
la soledad, el sueño,
el amor primero,
la adolescencia fresca.
Todo huye.

DISTANCIA DE DOS

¿Desde dónde surgiste para encender la llama
sobre la nieve sola? ¿Desde dónde los suaves
besos se levantaron sobre tu piel perdida,
enamorada sombra de unos días lejanos?

Cuando hacia ayer subimos, bajaba tu silencio
de la nieve y los ríos. No teníamos nada
sino un pasado apenas dibujado en el cuerpo
y un encuentro de estrellas dormidas en las manos.

Tiembla el viento en la noche, tiembla otra vez la
noche
bajo el ansia que vuelve. Temblabas de nostalgia.
Amor, hasta la muerte la noche se hizo tenue,
se hizo larga caricia sobre tu pelo amargo.

Lo distante es aquello que apenas ha pasado.
Por eso nombro ahora la primavera lenta
que subiste cantando, sin nada más, con viento
sobre la enamorada distancia de los campos.

No sé, no sé hasta dónde quedaré repitiendo
tu nombre, la mirada de tus ojos distantes,
fugaz entre la dura cordillera de nieve,
presente ausencia apenas derramada en mi brazo.

No sé, no sé hasta cuándo durará la distancia
y ese espacio de adiós dormido en tu garganta.
No sé, no sé en qué tiempo se hará ceniza y humo,
amor, bajo la noche, todo lo que juntamos.

ADIOS PARA OTROS DIAS

Voy a vagar en la noche
por tierras desoladas, donde el viento es antiguo,
donde el sol tiene el pálido
amor de la distancia; voy a vagar en la noche
sin descanso, sin memoria que muerda
la sangre de otros días; voy a vagar por los mares
profundos; voy a huir arrastrado
por millares de estancias solitarias,
con el viento de otoño de lejanos países;
voy a huir por las calles de ciudades secretas
que de golpe te sacan
las vidas anteriores de tus antepasados.
¡y alguien dice en la noche
que has de morir en una tierra extraña, oh días solitarios
tirados al abismo cavado por el tiempo!

AMARGO AMOR

Teje tu tela, teje de nuevo tu tela;
deja que el mes de junio azote el invierno de mi patria;
teje la tela de acero y de cemento;
junta tus hilos uno a uno, oh hermoso tejedor;
forma tu tela con fuertes lazos,
con orgullosos rastros de sueño.

Toda la tierra está en las colas del amor;
en las ciénagas del amor podridas están las manzanas.
Cada día tiene un eco, un paso, un rastro, gemido;
cada día la estancia recibe la visita del cuerpo en el lecho;
cada día hay una mano que desnuda;
cada día descansa la ropa en las sillas brillantes por el polvo.
Teje tu tela, oh hermoso tejedor;
teje los restos de los cuerpos que se unieron.

Entre tus hondos pechos de relámpagos quietos,
entre tu vientre oculto de cesto dividido,
en la cálida ráfaga que viene de tu abrazo,
fui un día tu sombra, el "cuándo" entristecido,
el "adónde" que lleva hacia una muerte cierta.
Ya moriré algún día sin preguntar qué pasa,
qué pasa entre tus hombros, en el temblor de espiga
de tu escorzo de nieve,
qué viene por los ecos que acarician tu pelo,
qué flechas encendidas acumulan tus manos,
qué enamorado encuentro ha de tocar tu beso.

No es para volver, no es para cantar
sino tu verde corazón transfigurado,
la melodiosa sombra que duerme en tus pupilas,
el afán escondido que tenía tu ausencia.

Recógeme, amor mío, con tus cálidas plumas;
recógeme y húndeme tu ternura llagada;
colócame en tu olvido, recógeme cantando.
No es para que preguntes, no es para que indagues
el sitio donde puse mi corazón hundido;
recógeme, ahora, para estar en lo ausente,
sin preguntar qué ocurre, qué pasa, por qué vuelves
tu cabeza de ausente firmamento.

Cae ahora hacia mi lado; vuelve
a dividir tu cuerpo, a derramar tu furia,
hasta que te estremezca el nombre del combate
que a muerte libraremos, esa pasión a muerte
entre tú y yo: un huracán de manos
nos hallará apretados en los dones sin término
de una tierra total.

TENEBRAE

Tinieblas que allí están. Si no las veo
es porque estoy sombrío de tinieblas.

MELANCOLÍAS DE UN MILLONARIO

¿A quién gritar si en el espejo
el frío azogue tiene sangre? ¿A quién
llamar? ¿A quién buscar
si el ascensor es otro túnel,
un saco oscuro que respira
cuando descendo acompañado a solas?
¿A quién llorar
si a la ventana del hotel “No hay nada”
me asomo sin saber que voy cayendo
al nueve,
al ocho,
al cinco, al tres, al uno,
al cero asfalto de la muerte? ¿A quién
llegar? ¿A quién gritar? ¿Por qué sólo me buscan
la Compañía Anónima del Tiempo,
el Banco de las Furias, los billetes
de la mortaja con que me levanto?
¿A quién de aquellos prójimos
que bajo el barro se vivían de hambre
voy a pedir si tasco entre mis dientes
hambre de muerto?
¿A quién?

EL AGUA

A medianoche desperté.
Toda la casa navegaba.
Era la lluvia con la lluvia
de la postrera madrugada.

Toda la casa era silencio,
y eran silencio las montañas
de aquella noche. No se oía
sino caer el agua.

Me vi despierto a medianoche
buscando a tientas la ventana;
pero en la casa y sobre el mundo
no había hermanos, madre, nada.

Y hacia el espacio oscuro y frío
y frío el barco caminaba
conmigo. ¿Quién movía
todas las velas solitarias?

Nadie me dijo que saliera.
Nadie me dijo que me entrara,
y adentro, adentro de mí mismo
me retiré: toda la casa

me vio en el tiempo que yo fui,
y en el seré la vi lejana,
y ya no puede reclinar
mi juventud sobre la almohada.

A medianoche me busqué
mientras la casa navegaba.
Y sobre el mundo no se oyó
sino caer el agua.

COMEDOR

Huelo todo el pasado en esta casa.
Siento toda la ausencia en esta ropa.
Vacío el comedor, bebo en la copa
que un viento asolador muele y arrasa.

Desierto sobre el piso el año caza
mi pie que ya se fue. Que fue. Galopa
el año en el mantel. Sobre la sopa
fría la edad toda la noche traza.

Busco el pasado entero en esta mesa:
las manos que no son y están, el mundo
que estuvo alrededor de este vacío.

Y al levantar de nuevo la cabeza
huelo todo el ayer, y aquí, profundo,
me encuentro a solas con la edad y el frío.

LA BICICLETA

En rueda está el silencio detenido,
y en freno congelado la distancia.
Qué lejano está el pie, cómo se ha ido
la infancia del pedal sobre la infancia.

El reino del volante sometido
se borra con la sed que hay en la llanta.
La mano que no está tiene un sonido
de tanta ausencia y cercanía tanta.

Cuán remota la edad que en ti palpita
con las velocidades de tu cita,
y qué rápida estás con ser tan quieta,

tan inmóvil pedal dormido ahora
por la lluvia de ayer que te evapora
tu pérdida niñez de bicicleta.

GIRANDO

Y ahora en el espacio, en el oscuro espacio
de la estrella, en una habitación que desconozco:
en el espacio
sin campo,
sin lluvia,
sin manos
y sin ciudades. Ahora: en el espacio,
donde no habita nadie, donde la oscuridad es llanto
sin respuestas. Solo, con una silla, y desnudo,
canto:
pero no tengo voz, pero no tengo manos.
Gira y arde en el espacio
mi habitación desnuda. Y canto
a ver si me responden desde abajo.

Y veo cómo se rompen las paredes,
y veo la luz, y clamo
por las palabras que no brotan. Y el resplandor se
acerca
girando.
Pero no es tu luz, Dios mío, y el espacio
salta en la noche perdurable. Y vuelvo
a cantar
a ver si me responden desde abajo.

EL PUENTE

En medio de la batalla
surgió el puente.
Y yo solo
en medio de la batalla.

Mis compañeros caían
en la red de la mortaja;
pero nuevos compañeros
desde las cunas brotaban.

Y yo solo
en medio de la batalla.

Frente a mí todos los puentes
de la fuga. ¿Quién me llama
desde los pies de la guerra,
desde el ojo de las balas?

Y yo solo
en medio de la batalla.

¿Eres tú el único puente,
Padre?, ¿eres la rama
que hacia la guerra me inclina,
que de la guerra me salva?

Y desterrado,
y desterrado yo solo
en medio de la batalla

INVOCACIONES A NUESTRA SEÑORA DEL APOCALIPSIS

PRIMERA INVOCACION

Dame tu paz y el poder de tu torre
que levantada rasga el firmamento.
Déjame hallar el día de tu Verbo, la roca
donde se estrella el puño de la noche.
Envía hasta mis sombras las solares escalas
de tu poder, los ríos inmortales
de su sabiduría.
Rompe el trono de cieno. Limpia el ojo. Destruye
sobre mi corazón los gélidos anillos.
Tú, sangre de David.
Espejo de alegría.
Morada del Señor.

Haz que mi cuerpo siga tu madrugada. Canten
tus soles en mi mesa.
Que no despierte a solas en la noche mirando
las redes fabulosas del pasado.
Y cuando me hunda y me hunda sobre tus huellas,
deja
que los cegados perros de mis palabras busquen
el prodigioso pie de tu ternura.
Cántico de la tierra.
Estrella de los vientos.
Cuna que abarca el mundo.

Guía mi mano sobre las montañas y el mar.
Sostén mi mano cuando la jauría
de la noche penetre hasta mis huesos.
Y cuando venga el viento de las turbias astillas
levanta el invisible muro de tu mirada.
Funde
los pétreos latigazos de la carne.
Llave del desterrado.
Puerta para los parias.
Norte lustral del ciego.

Todo es noche en el mundo. Tu sol descienda al
mundo.
Todo es noche en el hombre. Tu sol descienda
al hombre.
Mantén la investidura del planeta, los ángulos
de la tierra que ya se desmoronan.
Y ruega por nosotros en la ira del juicio.
Y pide por nosotros
al fruto inmarcesible de los tiempos.
Cimiento de los orbes.
Bahía donde el mundo se refugia.
Soplo y eternidad de la esperanza.

Crezcan ríos gloriosos que a través de las
llamas
suban y suban: lleguen
hasta la majestad de tu regazo.
Y ruega, Madre, ruega por nosotros
ahora y en la hora de la muerte.
Ruega
para que el mundo destruya sus mortales sellos.
Ruega
en las postrimerías de la noche.
Ruega
cuando los relámpagos florezcan en los ojos
de los resucitados.
Ruega
y ruega por nosotros
ahora y en la hora que se acerca.
Virgen del fin del tiempo.

Mano que ahora sujeta la cólera del Padre.
¡Los cuatro vientos sostienen sobre los ojos del
cielo
tus imperiosas manos que salvarán la tierra!

SEGUNDA INVOCACION

Madre, no más terror desde la noche.
No más los vientres negros sobre el Árbol.
No más el frío perro en sus raíces,
los dientes implacables en sus yemas.

No más nuestro destierro. Nuestros ojos
desolados aquí. ¿Quién nos sostiene
sino eres tú bajo los huesos yermos?
¿Quién ahoga el furor sino tus manos?

Los cielos se desgajan; las virtudes
de los cimientos pétreos de la tierra
desolación vomitan. Tras las nubes
destellan las navajas alquiladas

de la cólera. ¡No, no más los núcleos
furiosos de la máquina en los prodigos
hambrientos por amor! ¡No más el fuego
vertiginoso al tremolar del mundo!

¡No más al niño el pozo del escombros
acumulado por los años! ¡No
más volver y partir, Madre: los muertos
hablan, a veces, en la noche, y gritan,

y suben por las venas de los ríos,
y están detrás de nuestros hombros: gimen!
¡No más, no más los dientes implacables
sobre los cuellos de los humillados,

y las reales plantas corrompidas
del poderoso sobre los anillos
albos del eremita! Tu Cordero
aírase en la noche sigilosa,

espera un tiempo y otro tiempo: baja
midiendo los abismos que se extienden
bajo la piel del hombre. ¿Quién podrá
cerrar las puertas y tapiar las calles?,

¿y quién represará la ira, y quién
podrá huir de las ruedas vengadoras?,
¿dónde estará el motor del oro, dónde
los dedos y el circuito del avaro?,

¿dónde el cuerpo del Árbol destrozado
por las sales relapsas? Madre: ¿quién
podrá sentirse blanco bajo el Árbol
que ha de crecer en la cosecha? ¡No

más terror en los círculos que giran
coléricos, magnéticos de llamas
sobre la turbamulta! ¡Pies, los pies
hollan los cráneos de los edificios,

funden los albañales del orgullo!
¡Los pies, los pies vienen en viento y hacen
temblar la tierra como el embriagado,
como el otoño rojo entre los árboles

amarillos! ¡Madre, no más terror
en esta noche que de sol descende,
para estas órbitas que el fuego rompe,
en esta cuna que el ácido lame,

para este mundo negro arrodillado
no más terror! ¡El grito llegó al hueso
de la ceniza, y a las uñas ígneas
del corazón! ¡El llanto se oye más

y más allá, detrás de los pulmones
plúmbeos de la montaña, y más allá,
y más allá cerramos las estrellas
por no escucharlo! ¡Llueve, llueva, llegue

por fin el agua al vaso de la tierra,
por fin el agua a la garganta estéril,
a la furiosa sed de la agonía,
a la batalla quieta de la muerte!

Madre: por ti clamamos y esperamos
en los lugares áridos: los soles
giran enloquecidos. En la noche
los muertos pobres son. Y para siempre.

TERCERA INVOCACION

Madre Final: desciende de tu cuerpo.
La oscuridad es fuego en nuestros brazos.
Cae el agua que nace del silencio.

Madre Final: el sol plañe en el cielo.
Simientes de tinieblas nos rodean.
Cae el agua temblando en el silencio.

Madre Final: tu puerta en el destierro.
El cáncer del reloj se ha detenido.
Cae el agua de luz bajo el silencio.

Madre Final: ¿nos sigues sosteniendo?
Los muertos recobraron el salario.
Cae el agua nocturna del silencio.

Madre Final: el pobre está desierto.
Harapo el oro fue sobre los panes.
Cae el agua de sangre en el silencio.

Madre Final: el polvo está muriendo.
Los átomos se nutren de la fosa.
Cae el agua y renace del silencio.

Madre Final: sostén al mundo yerto.
La muerte se ha sentado en los umbrales.
Cae el agua en el agua del silencio.

Madre Final: la furia del estiércol
brota sobre las uñas de la usura.
Cae el agua cristal sobre el silencio.

Madre Final: descíñenos del tiempo.
Despójanos los cuerpos exilados.
Cae el agua y se funde en el silencio.

Madre Final: no volverá el recuerdo.
No llamarán los tímpanos del año.
Cae el agua con agua del silencio.

Madre Final: el lino de tu cuello
levantará los muros de la carne.
Cae el agria en el óleo del silencio.

Madre Final: tu mano abrió los sellos.
El cáliz floreció sobre tu boca.
Cae el agua que siembra en el silencio.

Madre Final: la llama abrió tu espejo.
La ira del lagar cedió en tus ojos.
Cae el agua en las sienas del silencio.

Madre Final: los degollados fueron
vítores solitarios de tu alteza.
Cae el agua que mana del silencio.

Madre Final: el puño de los truenos
dormido está en el lirio de tus dientes.
Cae el agua que se oye en el silencio.

Madre Final: se ha levantado el viento.
Ungida está la noche por el alba.
Cae el agua y penetra en el silencio.

Cae el agua final sobre el silencio.
Cae el agua solemne del silencio.
Cae el agua escondida en el silencio.
Cae el agua de vida en el silencio.

CUARTA INVOCACION

No sé qué pasa ahora. ¿Nos sigues sosteniendo?
La ceniza: ¿está perdida? El recuerdo
¿es sólo un viento que pasa allá a lo lejos?
El cuerpo del amante, ¿está perdido, está solo en las tinieblas,
en el foso del desierto,
y las serpientes del comienzo
se arrastran en sus huesos?

Mira el regreso, Madre. Pero, ¿es que hay regreso?
Calles, plazas, multitudes, sueños, todo sueño.
Momentos de los rostros,
instantes de los cuerpos,
miradas en las lágrimas y en los confines de la tierra,
muertos para siempre muertos, vivos para siempre muertos.
¿Y esto era lo que llamábamos eterno?

No sé qué pasa ahora. Y en oscuros
lugares nos movemos
limpiándonos los ojos que se nos ciegan de tiempo.
No sé qué pasará si no tenemos
tu ternura, si en el mundo no tenemos tu ternura.
¡Desaparecimientos, Madre, desaparecimientos!

Nosotros, los desterrados: nosotros, los desaparecidos,
los anónimos puntos de los años,
los que esperamos tu silencio,
los parias, los hambrientos
de tu amor: nosotros, los últimos, los que caemos
de rodillas (de rodillas nacemos):
nosotros los del suelo:
¿qué podemos hacer para volver a verte, qué podemos
hacer para empezar de nuevo,
qué podemos hacer
en esta noche irremediable de la tierra?

DESENGAÑOS

Cuando veas que la lluvia cae
y seguirá cayendo hasta que mueras:
piensa que estás solo para siempre.

Cuando en la mano que te han tendido brille
sólo el puñal,
o al ir a apretarla se transforme en humo:
no te hagas ilusión: sigues estando solo para
siempre.

Cuando creas que aún puede ayudarte la
Palabra
(tú que aún crees en la Palabra),
desengáñate: porque la Palabra ha sido
corrompida,
y estás, sin ella, solo para siempre.

Cuando mires la soberbia del que está en el
poder
y la peor soberbia del que aspira al poder
para saciar (así se dice) las hambres de los
hombres:
ríete de ellos, pero piensa
que están solos para siempre.

Cuando veas la abominación en el lugar de lo
sagrado
y el cáliz lleno de inmundicias:
coge la esponja, empápala en vinagre,
muerde dos mil años de su sabor, y piensa
que un hombre estuvo solo para siempre.

PARA QUE ESTEMOS MENOS SOLOS

Para que estemos menos solos
nos entregaste, Señor, nuestros muertos.

Nunca los conocimos cuando estaban
con nosotros.
Decíamos
que la vida es muy larga: ya tendremos
tiempo de conocerlos.
Nunca supimos quiénes eran
mientras vivían.

Y ahora que están lejos
los entregas, Señor, como ellos son:
limpios de toda vanidad,
sin sus pobres miserias,
bruñidos por la luz y tamizados por la
oscuridad.

Nunca estuvieron solos nuestros muertos.
Son ellos los que gimen en la noche
por nuestra soledad.

BIENAVENTURADO PORQUE ABRIÓ UNA PUERTA

Bienaventurado porque abrió una puerta en
el hombre,
se asomó a su oscuridad, y vio que no era buena.
Bienaventurado porque, entonces, abrió otra
puerta,
y por las dos puertas entró la luz y no dejó que
la luz se retirara.
Bienaventurado porque al hacer la luz y unir las
dos puertas
nos dio la eternidad de ser dos y ser uno
y estar iluminados para siempre.

HAMBRE

Sin huella, sin olfato, sin arrimo.
Como perro sin huella que en la puerta
del mundo araña, muerde, se despierta
con un frío de pan y otro de limo

me arrojas a la calle y al racimo
negro del hambre con el hambre abierta,
y aúllo porque el hambre está desierta
de ti y de mí, mi Dios, cuando te gimo.

Mi corazón es uña si te llamo
rastreado a ciegas el olor del amo,
sin saber si a tu casa me aproximo

un poco más, un poco menos: perro
definitivamente en el destierro,
sin huella, sin olfato, sin arrimo.

VI Bibliografía

6.1 Bibliografía primaria

- Arteche, Miguel.1947. *La invitación al olvido*. Santiago: Ediciones Acanto
- -----.1948. *Oda fúnebre*. Santiago: Editorial Acanto.
- -----.1950. *El sur dormido*. Santiago: Relámpago.
- ----- .1957. *Otro continente*. Santiago: Grupo Fuego.
- -----.1958. *Notas para la vieja y nueva poesía chilena*. Concepción: Atenea N° 380-381.
- -----.1961. *Quince poemas*. Santiago: Editorial Alerce.
- -----.1965. *De la ausencia a la noche*. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- -----.1972. *Antología de veinte años (1950-1970)*. Prólogo Hugo Montes. Santiago: Editorial Universitaria.
- -----.1977. *Quién Soy*. Santiago: Editorial Nascimento S.A.
- -----.1994. *Algo sobre el arte de la poesía*. Concepción: Atenea.
- -----.1994. *Fénix de madrugada*. Santiago: Editorial Rumbos.
- -----.1996. *Antología cuarta*. Santiago: Editorial LOM.
- -----.1996. *Poemas para nietos*. Santiago: Editorial Semejanza.
- -----.1999. *101 poemas de amor*. Santiago: Editorial Semejanza.
- -----.1999. *Destierros y tinieblas*. Miguel Arteche: la palabra justa y necesaria. Jaime Quezada. Santiago: Editorial Pehuén, Colección Premios Nacionales de Literatura.
- -----, 2002. *Jardín de relojes*. Santiago: Editorial Semejanza.

6.2 Bibliografía secundaria

- Alegría, Fernando. 1967. *Literatura chilena del S. XX, los poetas del S. XX*. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- Alone. 1973. *Las cien mejores poesías chilenas*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Arteche, Miguel; Cánovas, Rodrigo. 2000. *Antología de la poesía religiosa chilena*. Segunda edición ampliada. Santiago: Ediciones Universidad Católica.
- Blume, Jaime. 1987. *Arteche, fuga a dos voces*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Calderón, Alfonso. 1971. *Antología de la poesía chilena contemporánea*. Miguel Arteche: sobre mi poesía, pp.320-323. Santiago: Editorial Universitaria.
- Carrasco, Iván. 1981. *Notas sobre la poesía apocalíptica hispanoamericana*. Santiago: Revista Chilena de Literatura, N°18.
- Cúneo, Ana. 1988. *El tema de la muerte en la poesía de Miguel Arteche*. Santiago: Revista Chilena de Literatura, N°31.
- Ibáñez Langlois, José Miguel. 1975. *Poesía chilena e hispanoamericana actual*. Santiago: Editorial Nascimento S.A.
- Lastra, Pedro. 1960. *Estudios de lengua y literatura como humanidades*. Santiago: Seminario de Humanidades.
- Lefebvre, Alfredo. 1958. *Poesía española y chilena: análisis e interpretación de textos*. Miguel Arteche. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Lepp, Ignace. 1963. *La filosofía cristiana de la existencia*. Buenos Aires: Editorial Carlos Lohlé.
- Mena, Patricia. 1979. *La poesía de Miguel Arteche*. Tesis para obtener el grado de Profesor de Castellano. Valdivia. UACH.
- Montes, Hugo. 1967. *La lírica chilena de hoy*. Miguel Arteche, pp. 159 -166 Santiago: Editorial Zig-Zag.
- Montes, Hugo. 1974. *Capítulos de literatura chilena*. Santiago: CPEIP.

- Villegas, Juan. 1978. *Entrevista a Miguel Arteche*. Santiago: Revista Chilena de Literatura, N° 12.